

Paulina Osorio

La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales  
Papeles del CEIC, núm. 2, septiembre, 2006, pp. 1-28,  
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea  
España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=76500603>



*Papeles del CEIC,*  
ISSN (Versión impresa): 1695-6494  
ceic@ehu.es  
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko  
Unibertsitatea  
España

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

**www.redalyc.org**

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



# La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales<sup>1</sup>

**Paulina Osorio**

Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile  
E-mail: [pauosorio@yahoo.es](mailto:pauosorio@yahoo.es)

Papeles del CEIC  
ISSN: 1695-6494



**# 22**  
**julio 2006**

## Resumen

La longevidad: más allá de la biología

A través del artículo invito a remirar el envejecimiento y la vejez como fenómeno y como objeto de estudio, a partir de comprender la longevidad como un cambio revolucionario del presente siglo. Para eso me posiciono en la disciplina antropológica y desde una perspectiva biográfica, sociocultural y de la construcción de nuevas identidades etáreas. La longevidad trae consigo una serie de consecuencias que la llevan a constituirse en un fenómeno de interés disciplinario que va más allá de la realidad crono-biológica de vivir más años; es una nueva realidad que conlleva la creación de nuevos modelos de vejez y de expectativas frente a la edad avanzada. Se constituye así, al interior del proceso de envejecimiento, en un fenómeno con importantes implicancias socioculturales, y por lo tanto, de interés para las ciencias sociales.

## Abstract

Longevity beyond biology

Through this article, I invite the reader to take a second look at the ageing process and old age as a phenomenon and as a subject matter, based on understanding longevity as a revolutionary change of the century. This is carried out from an anthropological standpoint and through a biographical, sociocultural perspective, as well as from the construction of new age identities. Longevity holds a series of consequences that translates into a phenomenon of disciplinary interest that goes beyond the chrono-biological reality of living longer; it is a new reality that entails the creation of new models of old age and of the expectations facing advanced age. Within the aging process, longevity thereby comprises a phenomenon that has important sociocultural implications and, thus, becomes of interest for the social sciences.

## Palabras clave

Longevidad, envejecimiento, edad, imaginario de la vejez

## Key words

Longevity, ageing, age, imaginary old age

## Índice

1) Introducción .....	2
2) Envejecimiento y cambio demográfico .....	2
3) La vejez y el envejecimiento como objeto de estudio para las ciencias sociales .....	6
4) Relevancia antropológica en el estudio social de la vejez .....	10
5) El alargamiento de la vida. Nuevos significados de las edades, nuevas identidades etáreas .....	21
6) Conclusiones .....	26
7) Bibliografía .....	27

<sup>1</sup> Trabajo desarrollado en el marco del Proyecto FONDECYT Postdoctoral N° 3050029 “Trabajadoras mayores y jubilación. Expectativas y valoraciones de las mujeres ante la jubilación y la vejez”, de la cual la autora es investigadora responsable.



En cada niño alienta ya el anciano,  
todo recién nacido contiene en sí la muerte  
“Siddhartha”, Hesse

## 1) INTRODUCCIÓN

A través de este artículo se analiza el curso de vida moderno y de qué forma la longevidad no sólo trae consigo cambios en la vejez, sino nos lleva a repensar en el ciclo vital en su conjunto, sus significados y construcciones socioculturales. En ese marco, se destaca la relevancia del cambio demográfico y el aumento de la esperanza de vida no sólo como una realidad individual sino, sobre todo, por sus implicaciones sociales. Dentro de estas implicaciones sociales se hace referencia al ámbito familiar y su relación con el cambio demográfico, para posteriormente mirarlo como un tema emergente dentro de las ciencias sociales, haciendo un recorrido por cómo ha sido definido el objeto de estudio de la gerontología, y cómo se ha mirado y estudiado al envejecimiento y la vejez como objeto de investigación científica. Se destaca, por lo tanto, que la vejez y el envejecimiento es un ámbito de la realidad social que toca particularmente a las ciencias sociales, a lo largo del artículo se expresa de qué manera le toca o cómo lo debe asumir. En este último sentido, se plantea una propuesta desde la antropología, donde se exponen las concepciones culturales y de la sociedad occidental moderna sobre cómo la vejez ha sido construida y definida. Y más particularmente, una mirada transcultural y propuesta biográfica para reflexionar sobre los límites transicionales de una etapa y otra a lo largo de la vida. Considerando en todo momento, las diferencias culturales, sociales y de género como base o marco general de la reflexión.

## 2) ENVEJECIMIENTO Y CAMBIO DEMOGRÁFICO

Cuando se habla o se observa el envejecimiento como proceso resulta inevitable ligarlo con el ciclo vital en su conjunto. Envejecemos de acuerdo a cómo hemos vivido, nos hacemos viejos y viejas, en el sentido de “hacerse a sí mismo” a



los largo de la vida, por lo tanto, aprehender el ciclo vital y sus cambios, sus significados y experiencia de vida cotidiana, nos lleva a la trayectoria biográfica de las personas que envejecen. La vejez es un estado, pero no deja de ser también un proceso que se extiende cada vez más. Si realizamos una mirada transcultural y nos focalizamos en la actual realidad de las personas mayores en China, nos daremos cuenta que la longevidad ha dado dinamismo a la experiencia de la vejez, en cuanto ésta no es sólo un estado o etapa fija en el ciclo vital. En China en la actualidad, se habla de 'centenarios', 'medianamente centenarios' y de 'centenarios avanzados'. No sé si a esto ya le llamaremos *quinta edad*. Esto nos muestra que el progresivo aumento del porcentaje de personas mayores en la sociedad actual lleva a que este colectivo vaya adquiriendo mayor importancia tanto social como demográfica, a la vez que se potencia como un recurso humano que aporta al resto de la sociedad. Tanto las políticas públicas como el sector privado han adoptado la visión de una vejez cada vez más larga y en mejores condiciones de salud, apoyándose en numerosas aportaciones empíricas que así lo demuestran, al tiempo que se ha ido acrecentando el interés científico por las diversas patologías características de una edad avanzada, con el fin de brindar mejores condiciones de vida y bienestar durante la vejez. La longevidad nos lleva a replantearnos, desde una cronología, la experiencia y la forma en que hemos categorizado hasta ahora el ciclo vital. Esta subcategorización de la vejez, de los centenarios en las sociedades más envejecidas es un ejemplo de ello y una creación social de ayer mismo. Es uno de los más recientes inventos en la concepción y en la estructuración del ciclo vital.

El envejecimiento es dinámico, pero no sólo en términos o a nivel individual; como proceso histórico-social también es dinámico y heterogéneo. El envejecimiento de la población es un fenómeno predominantemente urbano, en cuanto las migraciones internas se desplazan, acentuando los rasgos del envejecimiento en las



ciudades<sup>2</sup>. La migración —al igual que el descenso de la natalidad y el aumento en la esperanza de vida— es otra variable demográfica que incide sobre el grado de envejecimiento poblacional de los países. El ciclo vital en las zonas rurales es experimentado de forma diferente y en especial la vejez. En el contexto latinoamericano, la migración interna es la predominante y modifica el patrón de localización espacial urbano-rural de las personas mayores. Los jóvenes emigran hacia los centros urbanos y los mayores vuelven a sus pueblos en su etapa de jubilación. La población mayor no emigrante se ve fuertemente afectada por la falta de apoyo familiar de las generaciones más jóvenes, que dejan de representar mano de obra familiar para el trabajo en los campos y para el mantenimiento de la economía de subsistencia de las familias campesinas. Carencias que algunas veces se ven contrarrestadas por el envío de remesas monetarias desde la ciudad. Esto no quiere decir que gran parte de las personas mayores residan en zonas rurales. Lo que ocurre es que las zonas rurales presentan una mayor concentración de personas mayores en relación al total de sus habitantes.

Los cambios que trae consigo la modernidad inciden, necesariamente, en la vida de cada individuo y en sus relaciones con el entorno laboral, social, cotidiano y familiar, ante los cuales las ciencias sociales no pueden permanecer indiferentes. En nuestra época, la estructura familiar es bastante débil y, en ocasiones, ni siquiera permite dar al abuelo o a la abuela un ocaso de la vida seguro y tranquilo<sup>3</sup>. Cuando las condiciones económicas no permiten contar con un espacio amplio en la vivienda, rara vez son incluidos los mayores en el grupo familiar dentro de la misma casa, quedando expuestos al empobrecimiento, soledad y aislamiento del entorno de la

---

<sup>2</sup> En América Latina más del 70% de la población mayor reside en centros urbanos y se proyecta que para el 2025 esa cifra ascienda al 80% (CEPAL/CELADE 2004).

<sup>3</sup> No he utilizado el genérico viejo o vieja o persona mayor, sino abuelo y abuela con el fin de destacar la relación de parentesco que se da en el interior de la institución social de la familia, y que conlleva en las personas la adquisición de una serie de roles, en este caso, el abuelazgo.



familia. La forma de vida de la urbe —a diferencia de las zonas rurales— pone en peligro la supervivencia de los modelos familiares, pues se ha producido una separación del grupo familiar original, formado por varias generaciones, dando origen a la pequeña familia nuclear moderna, donde muchas veces, los mayores viven separados de ella. En gran medida, es en el campo donde, aún hoy, las viejas y los viejos ocupan un lugar, de acuerdo con la tradición, en la familia numerosa, en la cual se integran diversas historias de vida, experiencias e intereses, que de ningún modo son superfluos.

Así como cada cultura manifiesta sus propios patrones de envejecimiento, cada época y momento histórico también configuran modelos de envejecimiento y vejez bajo el ropaje de sus diversas generaciones. Dentro de esto último es, sin duda, en la sociedad postindustrial o moderna donde el envejecimiento de la población adquiere su mayor complejidad, pues se encuentra en la intersección de cambios sociales claves del pasado siglo. Bazo (2001: 94) destaca que “en las últimas décadas se ha producido una serie de cambios sociales que afectan a la familia, el trabajo, la jubilación. Se ha producido un proceso de desindustrialización, ha cambiado la estructura de clases, crece la preocupación por el medio ambiente”. Todo ello genera cambios también sobre la vejez y el envejecimiento, sobre las condiciones —económicas, de salud— en que se llega a la edad madura, cómo se la vive, el grado de participación social y comunitaria de los mayores y de las instituciones vinculadas a la vejez. Esos cambios confluirán en nuevos patrones socioculturales, estructurales e institucionales en el interior de las sociedades modernas, sobre las cuales se configurará y sustentará la vejez. En la actualidad, los avances en las ciencias médicas y las mejores condiciones sociales de vida de las personas, hacen de la longevidad uno de los cambios más drásticos en el ciclo vital (Neugarten, 1999).



### **3) LA VEJEZ Y EL ENVEJECIMIENTO COMO OBJETO DE ESTUDIO PARA LAS CIENCIAS SOCIALES**

El actual contexto de análisis de los científicos sociales es el de una sociedad que envejece. Los cambios en la estructura de edad de la población tienen una implicancia significativa para la sociedad en general, a la vez que caracterizan la complejidad social contemporánea. La revolución demográfica tiene consecuencias en todos los ámbitos del saber, y la prolongación de la duración de la vida genera en el mundo entero cambios estructurales de gran alcance. Lo cual se deja sentir en las ciencias sociales y en todo el quehacer científico en general. A pesar de ello, cabe preguntarnos por qué, entonces, aún no se consigue una base teórica propia del conocimiento gerontológico. La gerontología y los estudios sociales sobre el envejecimiento, se caracterizan desde sus comienzos por el dominio de una dimensión empírica y aplicada, por una acumulación de datos empíricos y un reducido desarrollo teórico. Los investigadores trabajaban con referentes metodológicos y conceptos teóricos de sus propias disciplinas, sin que ello se tradujera en la construcción de un corpus teórico específico de esta área (Johnson, 2001). Así, por ejemplo, el interés de los sociólogos se centraba en la teoría de roles, en las relaciones de poder y el estatus durante la vejez, lo que generó que ésta fuera catalogada dentro de los llamados “problemas sociales” al igual que los enfermos mentales, los marginales, los criminales, etc. A esto se sumó una cuestión propia del conocimiento científico, como lo es el desarrollo de la investigación de cuestiones sociales reconocidas y la búsqueda de influencia directa sobre políticas, o de acuerdo a los intereses y prioridades de las entidades financieras. Los gerontólogos sociales y los estudiosos del envejecimiento y la vejez debemos, por tanto, elaborar un nuevo cuadro de reflexión que potencie la teorización en relación al envejecimiento. A la vez, se hace cada vez más necesaria una reconceptualización de la vejez (Phillipson, 1998), la búsqueda de un imaginario de ser mayor, propio, nuevo, focalizándose el interés en el impacto de las personas mayores en la sociedad, y no sólo en el cómo las instituciones y estructuras sociales afectan a los viejos y viejas. Esa es la mirada de este siglo, del

<sup>(c)</sup> Paulina Osorio, 2006

<sup>(c)</sup> CEIC, 2006, de esta edición



siglo XXI. Ante ello, las ciencias sociales, deberían protagonizar la creación de una agenda de investigación empírica y construcción teórica sobre una nueva sociedad envejecida.

La población envejece y la sociedad también, dentro de un contexto caracterizado por el cambio social a varios niveles. En el interés científico por el envejecimiento los primeros trabajos realizados en la década de los cincuenta y sesenta, se centraron en los problemas ligados a la vejez tanto en geriatría como en gerontología social. Estos últimos estudiaron los problemas de pobreza, abandono familiar, exclusión social, hecho que alimentó una concepción negativa de la ancianidad. Durante por lo menos cincuenta años, pero principalmente en la década de los sesenta con la teoría de la desvinculación (Cummings y Henry, 1961) los estudios en torno al envejecimiento centraron su interés en las personas de edad en cuanto individuos que ya no participaban en el mercado laboral y por lo tanto, ya no formaban parte de una esfera esencial de la sociedad. De ahí emanó también una imagen negativa de la vejez, puesto que al ser entendida como una declinación física y social derivaba finalmente en un completo estado de dependencia por parte de las personas ancianas. Posteriormente, en la década de los noventa “se propone una concepción culturalmente positiva de la vejez” (Johnson, 2001: 54). Así la explosión demográfica sumada al alargamiento de la vida y en condiciones cada vez más saludables, comienza a configurar una visión activa, positiva y socialmente más valorada de la tercera edad. Los estudiosos afirman que se debe romper con la idea de vejez como una enfermedad, para buscar construirla como una etapa de la vida con identidad propia, con una serie de normas de comportamiento ligadas a ella y con una serie de ritos de pasajes que le den forma y contenido social. Sólo en los últimos diez años la vejez ha comenzado a ser vista en términos positivos y como un periodo activo de la vida, a la vez que la bibliografía comienza a mostrar el envejecimiento como un fenómeno normal y positivo. La obra de Baltes y Baltes (1990) *Envejecimiento exitoso:*





*perspectivas desde las ciencias del comportamiento* es considerada un gran aporte que ha validado el estudio holístico del envejecimiento a lo largo de toda la vida.

De acuerdo con Johnson (2001) los estudiosos de la vejez y quienes buscan analizar y explicar el fenómeno del envejecimiento lo han hecho desde tres aspectos generales. En primer lugar, la población mayor, aquellos individuos que pueden ser considerados como personas mayores, teniendo en cuenta su longevidad y esperanza de vida. Se debe tener cuidado de que esta población sea tratada y considerada en cuanto integrante de la sociedad más que como 'ratas de laboratorio' con las cuales sólo se experimenta. El autor afirma también que después de varios años, gran parte de los estudios en gerontología se centraron en las dificultades funcionales, ya fueran de salud o de pérdida de autovalencia e independencia, de la población de edad. En segundo lugar, el envejecimiento en cuanto proceso evolutivo, entendido dentro de los logros de una especie junto a un mayor nivel de desarrollo, crecimiento y senescencia, centrándose en los aspectos sociales, biológicos y psicológicos del proceso, sus cambios y consecuencias: "Los problemas de la población de edad se asocian a cuestiones del envejecimiento como proceso, sobre todo en la especie humana" (op. cit. 2001: 63). El envejecimiento, desde este punto de vista evolutivo, debe ser analizado a partir de estudios longitudinales. Hoy, la mayor parte de estos estudios son transversales o de carácter sincrónicos. Finalmente, la vejez como uno de los aspectos de la estructura y del comportamiento de las especies, que guarda un interés particular para las ciencias sociales. Se entiende la vejez y los diversos fenómenos ligados al proceso de envejecimiento desde su relación con instituciones sociales tales como el mercado laboral, la jubilación, la familia y el sistema sanitario y de pensiones.



El sujeto persona mayor ha sido construido y definido desde una condición de ancianidad, vale decir, desde las características de lo que ser *viejo-viejo*<sup>4</sup> significa. Se ha extrapolado la realidad de las personas ancianas e incluso institucionalizadas a aquellas personas jubiladas o mayores de 60 o 65 años, que cuentan con buenas condiciones de salud y llevan una vida activa y participativa, como es característico de los *viejos-jóvenes*. De ahí que la visión de la vejez que se construye socialmente es la de una vejez dependiente, inactiva, desde la pérdida y el deterioro. El alargamiento del ciclo vital y las mejores condiciones de vida durante la vejez, nos muestran que ésta es una realidad heterogénea y que sobre todo, requiere de una reconstrucción y redefinición. El sujeto persona mayor que constituye uno de los objetos de estudio de la gerontología social, se ha construido históricamente desde un paradigma asistencial y excluyente<sup>5</sup>. Los significativos cambios en el ciclo vital y su alargamiento, necesariamente plantean reformulaciones dentro de la gerontología social y la construcción de su objeto de estudio. Johnson (2001) enfatiza la necesi-

---

<sup>4</sup> Neugarten distingue entre los *viejos-jóvenes* y los *viejos-viejos*. Los primeros son personas ya jubiladas, que se han retirado del mercado laboral, que cuentan con buena salud y condiciones físicas favorables para llevar una vida activa en el entorno conyugal, familiar y social. En general, son personas que cuentan con unos ingresos que les permiten un buen pasar económico, educación e incluso titulación universitaria. Son personas que cuentan con “tiempo” en el amplio sentido de la palabra — vital y cotidiano—. La realidad de los *viejos-viejos* o personas ancianas, las describe como “personas que a causa de su deterioro mental o físico o pérdidas en sus sistemas de ayuda social ordinaria, requieren de numerosos servicios sanitarios y sociales de apoyo o reintegración. En esencia son personas que necesitan cuidados especiales” (1999: 62).

<sup>5</sup> Dentro del contexto latinoamericano, la intervención del Estado, en un primer momento, no se sustenta en una concepción de derechos ciudadanos y de igualdad. Los individuos más necesitados son vistos como des-graciados y meros receptores pasivos de beneficios y asistencia, sin ninguna capacidad o derecho que ejercer. De todas formas la idea de igualdad está implícita en la de beneficencia-paternalista pero no la de derecho, que deviene de ciudadanía (el ciudadano es aquel que no sólo tiene derechos, sino que también los conoce y los ejerce —conciencia ciudadana) (Corporación AÑOS, 1999). Las primeras aproximaciones a la tercera edad, por lo tanto, han sido aquellas que la perciben y conceptualizan desde la vulnerabilidad, filantropía y protección. La protección o el estado de protección de las personas muchas veces conlleva discriminación. El argumento de protección hacia las personas ancianas encubre un argumento o idea discriminatoria, en cuanto el estado de protección los reduce a sujetos pasivos y sólo receptores de beneficios, invalidándonos socialmente y neutralizando su calidad de sujetos de derecho, de ciudadanía. La protección a la ancianidad la ha marginado y la ha ido construyendo con elementos de discriminación. La política social hacia la tercera edad nace portando el germen de la discriminación y la exclusión social, en cuanto se mueve sobre la base de un paradigma asistencialista de beneficio y protección.



dad de generar un marco conceptual, desde las construcciones teóricas, que permita dar cuenta del cambio demográfico y de la constante adaptación organizacional de la sociedad: “Para poder aprehender correctamente los cambios globales en términos de esperanza de vida y sus consecuencias, debemos teorizar los resultados empíricos. Si la teoría de la modernización presenta graves lagunas, la gerontología no puede aportar una aclaración significativa sobre los cambios sociales” (*ibídem*: 64). Este autor sostiene que el alargamiento de la duración de la vida tiene importantes efectos sobre el estado y el número de personas mayores y la longevidad presentará repercusiones considerables en todas las instituciones sociales.

#### 4) RELEVANCIA ANTROPOLÓGICA EN EL ESTUDIO SOCIAL DE LA VEJEZ

El estudio de la vejez ha sido una tarea multidisciplinaria. Cada disciplina aporta su particular perspectiva, tanto metodológica como teórica, complementando o diferenciándose —no necesariamente contradiciéndose— de las otras. Dentro de este contexto, los principales pilares del conocimiento y el desarrollo de la ciencia han sido la teoría y la observación, donde sus ideas y fundamentos teóricos hacen referencia a hechos o fenómenos de diversa índole. Así, el envejecimiento, la vejez y todas las realidades asociadas a ellos, no hablan por sí solos, sino que son interpretados a la luz de diversas perspectivas teóricas. Estas teorías pueden ser más o menos útiles para interpretar determinadas realidades. No es que sean correctas o incorrectas. Nos proveen de una comprensión de la realidad y una visión bastante completa de algún fenómeno en particular. Bond (1993) y sus colegas identifican tres usos del material teórico: a) para explicar hechos que han ocurrido, b) para predecir hechos futuros; c) para generar nuevas teorías.

Desde la perspectiva antropológica resulta interesante el estudio del proceso de envejecimiento y el imaginario que va generando esta experiencia en las personas, mujeres y hombres que envejecen, pero también en una sociedad que envejece. Vale decir, de qué forma las diferentes generaciones y el conjunto de las insti-

<sup>(c)</sup> Paulina Osorio, 2006

<sup>(c)</sup> CEIC, 2006, de esta edición



tuciones sociales se ven afectadas y dinamizan el fenómeno de envejecimiento poblacional. En antropología, una de las reflexiones debería surgir desde la pregunta por los significados y el sentido del ciclo vital y la mayor longevidad y en términos de concepciones temporales, por ejemplo.

Al envejecimiento se le debe entender como un proceso, pero no sólo como un proceso lineal en el interior del ciclo vital. Como construcción social, presenta muchos retrocesos y también da algunos saltos cualitativos de cambio cultural, como por ejemplo, los ligados a la revolución demográfica del presente siglo. A nivel individual, este proceso es dinámico y discontinuo, que para ser entendido no sólo se debe observar y conocer desde un estado de vejez, desde una situación estática de sólo estar viejo o vieja, sino también como una construcción social y biográfica. Es por esto que sostengo desde la antropología, y como aproximación metodológica, analizar el envejecimiento desde una lectura biográfica y de experiencia anterior, pues nos permite comprender los cambios y circunscribirlos no a hechos aislados sino a un todo de experiencia vital: “Tanto el estudio de las vidas individuales como el de los cambios sociales debe verse como una interrelación constante del tiempo vital, el tiempo definido socialmente y el tiempo histórico” (Neugarten, 1999: 30). En los años noventa emerge con mucha fuerza la *perspectiva biográfica* en los estudios sobre el envejecimiento, que aporta una visión amplia frente a la construcción social de la vejez. En ella, la preocupación gira en torno a la vida cotidiana de las personas mayores y la construcción social de la vejez está en relación directa con el individuo que envejece y a su interacción constante con su sociedad. El enfoque biográfico centra su interés en la pregunta por el significado. No sólo en cómo los individuos dan significado a su experiencia vital, sino también en la ausencia de éste en la vejez. Se trata de una perspectiva más amplia, experiencial y cultural del envejecimiento, y de una visión del ciclo vital como una experiencia biográfica y no sólo biológica, que las personas crean y a la vez dan significado tanto social como lingüísticamente. Si bien reconoce en el significado un lugar central para el conocimiento de la cons-



trucción social de las diferentes edades a lo largo del curso vital, también enfatiza la importancia de la interpretación. Las experiencias cotidianas de las personas que envejecen y los planteamientos de las ciencias sociales están ligados por las interpretaciones y comunicaciones lingüísticas, más que por los hechos, criticándose de esta forma, la concepción fragmentada y estática del ciclo de vida y las interpretaciones preconcebidas, que no ofrecen una idea positiva del envejecimiento y de las posibilidades de desarrollo humano. Estos planteamientos sin duda que traen a la palestra un problema epistemológico, en relación al significado de la vejez, del curso vital, de reflexionar sobre qué es la vejez y cómo debemos entenderla.

Ruth y Kenyon (1999)<sup>6</sup> afirman que trabajar con material biográfico para el estudio social del envejecimiento y la vejez es importante por tres razones: a) contribuye a un mayor conocimiento de la adultez y el proceso de envejecimiento y a la elaboración de teoría del desarrollo del ciclo vital, b) permite visualizar el desarrollo de la vida de las personas tanto desde un punto de vista individual como público y comunitario, c) permiten potenciar mejores condiciones de vida durante la vejez y determinar diferentes formas de calidad de vida a lo largo del envejecimiento. Al observar el envejecimiento a partir de relatos biográficos se evidencia que éste debe ser entendido como un proceso, que da cuenta de la articulación entre aspectos subjetivos de las personas y su ser social en un proceso de construcción histórica. Entender la vejez como un estado, por esto mismo, resulta complicado. La entendemos más bien, como una construcción biográfica-individual e histórica-cultural.

Me apoyaré en la presente cita para retomar mi postulado del párrafo anterior: “A pesar de las particularidades culturales, de las marcas sociales, y de los momentos históricos, hay un punto que es común a todos los hombres: cada hombre [y cada mujer] lleva consigo la impronta de su vejez a lo largo de toda su vida” (Ferre-

---

<sup>6</sup> Citados en Phillipson, 1998.



ro, 1998: 16). En la biografía de cada uno están las 'marcas', la encarnación del proceso de envejecimiento. Asimismo, observar, juzgar, conocer la propia vejez mirando la huella biográfica me permite, metodológicamente hablando, acceder a una mayor comprensión de la significación y el sentido en torno a la vejez como construcción y el proceso de envejecer mismo, pues los relatos biográficos nos revelan la historia que cuentan y la de sus narradores. De ahí su importancia, tanto para el estudio y conocimiento del cambio cultural, como para una aproximación directa a la construcción de identidad de los grupos y de las edades, y comprensión de cómo desde esa identidad se van tomando decisiones, enfrentando situaciones y definiendo estrategias; en el fondo, viviendo y experimentando transiciones vitales. Por ello, el valor de la historia de vida y del relato de memoria no se agota en la historicidad de este, sino más bien en el imaginario que él reviste.

Imaginario construido simbólicamente desde una concepción de tiempo, donde el tiempo biográfico es un tiempo que va estrechamente vinculado a la experiencia interior de los individuos. En él se define un espacio-tiempo experiencial socialmente construido y compartido, cuyos marcos constituyen un punto de referencia que trasciende a los acontecimientos y hechos objetos de recuerdo. El tiempo se pliega sobre sí mismo, de tal forma que en la narrativa biográfica, la percepción temporal no es una flecha que comienza en el pasado y se extiende recta hacia el futuro; sino que es un constante retorno, es la construcción del pasado sobre el presente, del presente desde el pasado, que da cuenta del proceso de envejecimiento y de la construcción constante de identidad de ser mujer mayor y de ser hombre mayor. Se produce una reestructuración del tiempo con base en el tiempo que queda por vivir producto de la mayor longevidad, sin perder de vista la diacronía pretérita. La conciencia de la noción de edad y la perspectiva de auto construcción del ciclo vital, no ocurre hasta la edad adulta. Ahí se logra una perspectiva general del curso de la vida interpretando un pasado, experimentando un presente y prediciendo un futuro, un futuro cada vez más extenso.



La experiencia individual del tiempo y de la edad se configuran con base en los sistemas sociales de edad y tiempo: tiempo individual—tiempo familiar—tiempo social. Los tres están muy imbricados en el recorrido biográfico de mujeres maduras y mayores. Los cambios sociales y demográficos han generado nuevos patrones de vida familiar, social, profesional y personal en mujeres maduras y nuevas configuraciones y expectativas hacia la vejez. Por ejemplo, ser abuela a edad madura, ser bisabuela en la vejez. Por otra parte, debemos considerar que la vejez no es sólo una realidad cronológica, sino también una realidad fuertemente ligada a experiencias en el paso del tiempo. Y por ello, no podemos limitar el estudio del envejecimiento a una cuestión cronológica. Es, ante todo una realidad social y experiencial<sup>7</sup>.

Los estudiosos de la vejez y el envejecimiento nos dedicamos, justamente desde las ciencias sociales, a desmitificar y a romper con los estereotipos ligados a la vejez, jubilación, menopausia e incluso, a la enfermedad, que la conciben en términos de pérdidas, declives. El problema está cuando se concibe al envejecimiento como una *adaptación*. No se puede reducir el proceso de envejecer a un mero ejercicio evolucionista de adaptación. Este es ante todo vivir, crear, construir y dar significado al ciclo vital en su conjunto. Cuando hablamos de desarrollo humano, de ciclo de vida y de proceso de envejecimiento no podemos dejar de hacerlo desde ese diálogo constante entre lo individual y lo social. Los periodos y divisiones del ciclo vital, han sido principalmente relacionados con la edad cronológica, a pesar de que muchos de ellos definen y encierran una edad social. El curso vital es un todo dinámico

---

<sup>7</sup> La experiencia se construye a partir de fenómenos y determinadas categorías sociales, que a su vez son formas de construcción de la realidad. Así visto, la experiencia es la manera de incorporación al mundo por medio de emociones y sensaciones. Es más bien una actividad que estructura la vida cotidiana. En Dubet (1994) la noción de experiencia adquiere sentido en cuanto el actor no está completamente socializado. Y ello ocurre porque la acción social no posee unidad y no se la puede reducir a un programa único. Por lo tanto no existe una socialización total. El individuo está socializado en la medida en que aún se puede socializar. La socialización nunca es un proceso acabado. La experiencia de envejecimiento del individuo como miembro de la sociedad lo introduce en una permanente socialización hacia la vejez y jubilación como parte de esa socialización.



que fluye de acuerdo a las experiencias y significados que las personas dan a sus vidas, a la vez que se ve fuertemente influenciado por cambios sociales, como por ejemplo, los cambios ocurridos en el mercado laboral y en las oportunidades de participación social activa y productiva, a partir del ejercicio de derechos.

Por ello, una cosa es focalizarse en los individuos que envejecen, sus cambios y adaptaciones, y otra es centrar el interés en esos cambios pero dentro de un determinado contexto sociocultural. Por lo tanto, disciplinariamente, un punto de observación está en el individuo que envejece y otro, en el entorno en el cual ese proceso ocurre. Y cómo el primero influye en el segundo y viceversa. A medida que los individuos y las poblaciones envejecen, las sociedades también se ven afectadas por las características y ritmos del envejecimiento. Es así como el curso de vida en estas sociedades se divide de forma variada e influida por los cambios, por ejemplo, producto del aumento de la esperanza de vida. Esta nueva visión del ciclo vital, producto de la longevidad, por ejemplo, lleva a replantearse una serie de actividades y prácticas socioculturales a lo largo de la vida, tales como la educación. No sólo en términos de incluir en los currículos de las ciencias sociales asignaturas de gerontología social, sino en términos de una Universidad para las Personas Mayores, las Aulas de la Experiencia, con el fin de romper con la funcionalidad lineal y compartimentada del ciclo vital (los niños juegan, los jóvenes se educan, los adultos trabajan y los viejos se jubilan y mueren), y promover una forma diferente de vivir la vejez en occidente y sus ciudades. Puesto que las personas mayores poseen un potencial de participación comunitaria, social y política, ello las lleva a participar de programas de postítulos o de la universidad para la tercera edad, a buscar la cultura como forma de ocio y ocupación de tiempo libre. Son personas que cuentan con “tiempo” en el amplio sentido de la palabra, y que buscan utilizarlo en un sentido productivo y como un verdadero aporte a sus vidas y a su comunidad.





Los cambios en el interior de una sociedad que envejece van reconstruyendo los significados de las distintas edades y del concepto *edad*. Los significados de la edad son diversos, cambian y a veces son hasta flexibles. A saber,

“Las diferencias entre los grupos de edad pueden reflejar cambios históricos en los valores y actividades como también cambios que acompañan al aumento de la edad misma [...]. Nuestra cambiante sociedad ha traído consigo modificaciones en los significados sociales de la edad: los límites entre los distintos periodos de la vida han perdido nitidez, han aparecido nuevas definiciones de los grupos de edad, nuevos patrones en las cronologías de los principales acontecimientos de la vida y nuevas inconsistencias en lo que se considera un comportamiento adecuado a cada edad” (Neugarten, 1999: 57 y 75).

La regulación del ciclo vital y el comportamiento de las diferentes edades están cronológicamente dado y socialmente definido. El ciclo vital biológico y el social interactúan a lo largo de toda la vida de las personas desde su nacimiento hasta su muerte. Es así como los diferentes sistemas sociales y culturas definen determinados comportamientos como más o menos deseables y aceptables de acuerdo a la edad cronológica de mujeres y hombres. Estas expectativas en razón de la edad y el género varían de cultura en cultura y de época en época. Los cambios en la sociedad actual están siendo bastante acelerados, promoviendo la gestación de nuevos modelos de comportamiento y de expectativas frente a lo que ser hombre y ser mujer mayor se refiere sobre todo en las nuevas generaciones. Cambian también, producto de la mayor longevidad, las expectativas de las personas ante su propia vejez y proceso de envejecimiento. Nunca dejamos de envejecer, ni siquiera con la llegada de la vejez. No nos quedamos en un único estado de vejez, seguimos generando expectativas frente a nuestras vidas. Sólo dejamos de envejecer al morir.

El ciclo vital y sus tiempos está cargado de significados sociales que generen expectativas en torno a nuestro comportamiento y en relación con cada una de las etapas de éste, aunque en los tiempos modernos ese “programa” asignado a nuestras vidas ha ido cambiando, influenciado por una serie de acontecimientos y



acciones no previstas, como son la incorporación de la mujer al mercado laboral, el alargamiento de los años de formación, entre otros. Si observamos las expectativas ante el comportamiento de mujeres de una misma generación y lo que deberían estar haciendo en diversas épocas de sus vidas, nos damos cuenta que el sistema normativo culturalmente definido los va estableciendo según el contexto familiar o profesional y el momento histórico en que estos ocurren:

“Yo lo único que quería era salir de mi casa. Conocí a mi marido a los 17 años y al año ya estaba casada. Fue un noviazgo corto. Él era 10 años mayor que yo. Lo conocí en febrero y nos casamos en diciembre. Y ¡al tiro a tener guaguitas! La ley de esos años, en esa época —el año 1965— era casarse joven, porque según uno sabía todas se casaban a los 18, a los 17, a los 19 años y con hombres ya maduros, profesionales, entonces una se crió con esa idea (mujer, no profesional, 59 años).

“Me casé a los 19 años. Ya estaba encaminada, al término de los 20 años, en una vida profesional. Ya estaba recibíendome de licenciada, con ayudantía y jornada parcial. Estaba casada y a los 23 [vino el primer hijo]. De los 20 a los 30 años tuve dos hijos. Estaba en carrera absoluta, ya terminado el doctorado, y pasé a ser profesor adjunto [en la Universidad]. Estaba totalmente inserta en mi trabajo y en mi familia (mujer, profesional, 55 años).

Vale decir, que cada época y cada cultura va configurando determinadas expectativas frente a las diferentes edades y a los comportamientos ligados a éstas. Gran parte de las sociedades se organizan en torno a la edad, sobre todo en el interior de sus instituciones formales, tales como la familia, la escuela, el trabajo, incluso la jubilación. Pero sin duda, que las sociedades cuentan con un patrón más o menos definido y con base en el cual construyen sus acciones y relaciones sociales.

La vejez longevamente masiva característica del presente siglo (y del próximo), nos muestra que la vejez es propia de cada tiempo y lugar. Cómo una persona —hombre y mujer— y cada pueblo experimentan la vejez nos habla del espacio social y cultural en el cual les ha tocado envejecer. A la vez que “el sentido que los hombres [y las mujeres] asignan a su existencia, su sistema global de valores, es el que define el sentido y el valor de la vejez. A la inversa, por la forma en que una so-



ciudad se comporta con sus viejos [y viejas], descubre sin equívoco la verdad —a menudo cuidadosamente enmascarada— de sus principios y sus fines” (De Beauvoir, 1980: 104). Los niveles de pobreza son un factor determinante a la hora de caracterizar o definir la vejez (y cualquier otra etapa de la vida). Pero aparte de cuestiones estructurales, las sociedades y las diferentes culturas van creando imaginarios entorno a la edad, la vejez y lo que ser vieja y viejo significa. Veamos algunos ejemplos etnográficos<sup>8</sup> para graficar la relación que diversas culturas ágrafas tienen con los más ancianos y la idea de vejez que dicha relación encierra.

Entre los nómades de Tierra del Fuego, en el extremo sur de Chile y Argentina, como eran los yaganes, se establecía una relación de afecto y solidaridad entre padres e hijos, permanecían juntos hasta que la muerte los separara. Las generaciones más jóvenes cuidaban de las personas ancianas y las proveían de buenas condiciones de vida durante la vejez. Igualmente ocurre con los pueblos bantúes del África Sud-Ecuatorial. La vejez es una etapa positiva de la vida y los mayores son muy bien tratados, alimentados y obedecidos por los más jóvenes. Entre ellos los más viejos del grupo son quienes se encuentran más cerca de las deidades, ello se traduce en un importante reconocimiento social, pues interceden en nombre de su clan frente a los antepasados. Asimismo, los chuchkees de Siberia honraban a los mayores y la longevidad se asocia a un poder sobrenatural. Los ancianos son valorados por su experiencia y la sabiduría que les proporciona todo lo que han vivido. Por ello los más ancianos, por sus diversos roles en el interior de su sociedad y de la familia, disfrutaban de bienes, poder, autoridad y prestigio social hasta su muerte. Los más ancianos deciden las migraciones y el emplazamiento del grupo. Cuando cambian de campamento y no hay suficiente nieve para trasladar los trineos, los ancianos son transportados por los más jóvenes sobre sus hombros. Por el contrario, ha habido pueblos que eliminaban a sus mayores. Como los ojibwas del Norte, don-

---

<sup>8</sup> Un mayor detalle de estas y otras referencias etnográficas se encuentran en De Beauvoir, 1980.



de el hijo mataba a su padre de un golpe de tomahawk en un rito ceremonial de eliminación. Entre los ainus del Japón (antes de ser influenciados por la cultura japonesa), entre padre e hijo se daba una relación constante de hostilidad y poder. Cuando los hijos eran jóvenes, los padres ejercían un poder absoluto sobre ellos —podían venderlos o matarlos—. Cuando los padres envejecían, los hijos comenzaban a ejercer ese poder absoluto, maltratando a sus padres o abandonándolos, dejándolos morir.

En la cultura occidental moderna, a pesar de que podamos o estemos vaticinando una nueva vejez, ésta aún es socialmente un tema tabú. Decirle a alguien que es viejo o vieja es casi de mala educación. Más bien intentamos ser amables con expresiones tales como ‘estás igual’, ‘te ves muy joven’, ‘te mantienes muy bien’ con tal de expresar que la vejez no es una realidad visible en esa persona. Para qué hablar de la jubilación. Plantearle a una trabajadora o un trabajador mayor el tema es como decirle ‘estás muy viejo o vieja’. Tanto la vejez como la jubilación (tema culturalmente asociado a la primera) son realidades indeseadas, de las cuales no se habla con fluidez. Muchas veces resulta culturalmente ofensivo plantear o preguntar por la jubilación. Aunque las personas se saben viejas, raramente se reconocen como tal. Es como cuando preguntamos a alguien de clase alta de qué clase social se considera, y responde que de clase media. El no autorreconocerse como persona mayor puede responder a varios factores. Primero, el relacionado con la edad sentida versus la edad cronológica. Sin negar el peso de la edad real, ésta también entra en juego con la subjetividad (individual y colectiva, percepción del grupo). Teresa del Valle (2002) propone y destaca la necesidad de explicitar la diferenciación de edad desde el sentimiento. El punto de partida de esta edad sentida es la realidad subjetiva de cada hombre y cada mujer, la definición que la persona hace de sí misma. Por ejemplo, ‘me he jubilado, pero yo aún me siento joven’. “Se configura a partir de cualidades personales y de carácter que manifiestan grados de autoestima, salud, capacidad de adaptarse a los cambios, habilidades sociales así como aspectos rela-



cionados con las características del entorno social y afectivo” (Del Valle, 2002: 49). Se asume que frente a cada edad se da un determinado sentimiento. Si se le pregunta a una persona de 65 años si se considera de la tercera edad, lo más probable es que su respuesta inmediata sea que no, pues se siente y mantiene activo y saludable. Con la jubilación suele ser diferente. La persona jubilada se autoreconoce como jubilada. ¿Responderá esto a que se trata de una categoría también de carácter jurídico?, pero no así la de tercera edad. Su identidad de jubilada la encuentra en un reconocimiento de haber participado activamente en el mercado de trabajo. En su ser de trabajadora está su ser de jubilada; no únicamente en su ser persona mayor. Su análisis y comprensión debe hacerse desde el binarismo: trabajo-jubilación; trabajadora-jubilada. Segundo, el relacionado con el actual imaginario de vejez en las sociedades occidentales. En la cultura occidental moderna se configuran imágenes negativas de la vejez, principalmente ligadas a ideas de negación y pérdidas (roles, funciones, prestigio, etc.). La vejez se asocia a imágenes de pérdidas, carencias y deterioro, y en una relación directa con la muerte. Las personas mayores son caracterizadas como dependientes, inactivas, improductivas, enfermizas, intolerantes y en términos opuestos a la juventud, que es la etapa de la integración, de la vida laboral, en la que se establecen y consolidan la mayoría de la redes y relaciones sociales; en cambio, en la vejez, todo aquello ‘queda atrás’. Los valores ideales de vida están dados, socialmente, por lo que ser joven significa: cánones de belleza, vitalidad, salud, sexualidad y agilidad. Para el caso de las mujeres, la menopausia —a los 45 ó 55 años, aproximadamente— es el acontecimiento que marca simbólicamente el comienzo de la adultez mayor o vejez. Curiosamente, la ley establece que, a los 60 o 65 años<sup>9</sup>, una persona es considerada adulto mayor. La mujer que envejece marca

---

<sup>9</sup> En algunos países de América Latina se marca una distinción de género, y la mujer es considerada adulta mayor a partir de los 60 años y los hombres desde los 65 años. Dicha diferencia responde a que legalmente las mujeres tienen derecho a jubilarse y pueden comenzar a recibir la pensión de jubilación a esa edad, y los hombres cinco años después.



el comienzo de esta etapa del ciclo vital diez años antes, y lo hace desde su cuerpo, cuando vive la pérdida de su capacidad reproductiva. Esto significa que no sólo se ha 'jubilado' en la esfera de lo público, sino que, en la esfera de lo privado y lo doméstico, también ha perdido su rol: el reproductivo<sup>10</sup>. De tal forma que la mujer que envejece concibe estos cambios en su cuerpo como un proceso biosocial. La identificación, culturalmente arraigada, de la menopausia como "el comienzo del deterioro del cuerpo de la mujer [...] contribuye a fijar en las mujeres el comienzo de la vejez de una manera distinta de cómo se hace en los hombres" (Del Valle, 2002: 53). El cuerpo adquiere así una dimensión simbólica antropológica cargada de respuestas y significaciones culturales en torno a sus cambios, transiciones y transformaciones biológicas. Lo corporal no es sólo natural, sino que siempre es construido social y culturalmente. El cuerpo es un *lugar* que cambia en su funcionamiento, configuración, en la interacción con él mismo y en su (auto) percepción. De aquí se desprende también que la edad cronológica de hombres y mujeres mayores no coincida con su edad sentida y social (*ibídem*).

## 5) EL ALARGAMIENTO DE LA VIDA. NUEVOS SIGNIFICADOS DE LAS EDADES, NUEVAS IDENTIDADES ETAREAS

La longevidad es una característica importante de los tiempos modernos. Los avances en biomedicina han permitido mejorar las condiciones de vida durante la vejez. Este aumento en la esperanza de vida, genera un cambio cultural significativo en cuanto a la proyección socio-individual a futuro. Vivimos un futuro cada vez más extenso. La vejez así entendida no es sólo sinónimo de experiencia pasada, sino vivencia presente y proyección futura. Cuando la vejez es corta, se le vive en términos de ancianidad, pues efectivamente significa o representa los últimos años

---

<sup>10</sup> Entendemos como rol reproductivo no sólo la capacidad de parir hijos; en su significación sociocultural, denota todo el quehacer dentro del ámbito de lo doméstico: criar, educar, socializar, alimentar y sustentar a la familia.



antes de la muerte, es su preámbulo. Dentro del proceso de envejecimiento, entiendo la ancianidad como *cuarta edad*, o sea, como la etapa del deterioro físico y mental, cuando las personas ya están enfermas, postradas y no les cabe ninguna posibilidad de interacción social. Sin embargo, cuando a finales del siglo XX la longevidad es una realidad, la vejez adquiere otra significación socio-temporal, pues la distancia entre la adultez mayor y la muerte es mucho más amplia y la frontera entre ellas ya no resulta biocronológicamente muy clara. Neugarten (1999) afirma que la edad se tornará cada vez menos importante como factor a la hora de distinguir entre personas adultas y adultas mayores. Con el cada vez mayor alargamiento de la vida, llega un momento en que la edad cronológica ya no es el mejor referente para predecir intereses, actitudes, capacidades intelectuales y sociales, o incluso vitalidad y fortaleza. La última etapa de la vida —producto del alargamiento de ésta— se ha tornado cada vez más compleja y multiforme.

La vida misma y la vejez se tornan diferentes, con otros significados. Los umbrales hacia la vejez, los umbrales de la discapacidad por razón de la edad también se ven trastocados producto de la longevidad y la edad misma va adquiriendo otro sentido. El aumento de la esperanza de vida y las características del proceso de envejecimiento están desdibujando la entrada hacia la vejez, ni la jubilación ni los 65 años parecen ser adecuados para definir ese umbral o marcar un línea divisoria entre el término de la adultez y el comienzo de la vejez (Neugarten, 1999). ¿Qué aspectos marcan ese umbral? En la sociedad actual la edad cronológica no es suficiente para marcar ese límite. Los cambios en la jubilación sumados a una mayor esperanza de vida generan una nueva etapa de la vida, más larga, las personas comienzan a vivir más años de jubilación, principalmente en las zonas urbanas. Las personas cuando se jubilan y/o llegan a los 65 años, tienen 20 o 25 años más de esperanza de vida, con ello se reconfigura la vida cotidiana y sus tiempos. ¿A qué ritmo se vive y experimenta el tiempo cotidiano después de la jubilación? Si la jubilación ya no es el umbral de la muerte, la vida de la postjubilación constituye una ver-



dadera etapa del ciclo vital, a la vez que se van experimentando cambios en las transiciones vitales tradicionales y configurando nuevas identidades etarias. Incluso, en algunos países industrializados la etapa anterior a la jubilación, la prejubilación, se ha convertido en una nueva etapa de transición (Osorio, 2004). La prolongación de la vida no sólo se manifiesta en una jubilación más larga, sino que todas las etapas de la vida se han alargado: la niñez y la juventud duran más; los periodos de aprendizaje y formación también se han alargado, incluso, el momento de la maternidad es cada vez más tardío y el de paternidad también. Se experimenta así, la construcción de un nuevo imaginario de la vida, sus etapas y nuevas identidades etáreas.

Desde la adultez a la vejez y después de ésta, la edad manifiesta una serie de mutaciones en relación a su significado social. Los cambios son una realidad que acompaña a los seres humanos a lo largo de todo su ciclo vital. Ahora bien, entre más vive una persona, mayor será su posibilidad de cambios. Vale decir, que el inicio o la llegada de la vejez no necesariamente se traduce en la uniformidad y permanencia de un único estado en las personas. La vida de mujeres y hombres se va abriendo en una gama de intereses, experiencias, prioridades y relaciones a medida que envejecen. De tal forma que si las personas cambian a lo largo de su proceso de envejecimiento, entonces la longevidad traerá mayor diversidad hasta que esas diferencias se vayan equilibrando. Interesante resulta, por lo tanto, la temática de continuidad y cambio a lo largo de la vida para la comprensión de este fenómeno. Los marcadores de la edad social se diluyen, desaparecen o no son reelaborados a través de nuevos ritos de paso de transiciones vitales. Debemos crear nuevos ritos de paso para nuevas etapas y sentidos al interior del ciclo de vida. Quizá sea la infancia-adolescencia el periodo del curso vital mayormente definido y delimitado. El sistema educativo formal marca una cronología clara a los acontecimientos y experiencias durante esta etapa de la vida en mujeres y hombres. En otro tiempo lo fueron también el matrimonio, la actividad laboral o la llegada del primer hijo. Los cam-





bios de la modernidad han relativizado estos últimos. No así la institución social de la educación.

Cuando hablamos de longevidad necesariamente nos cruzamos con un tema de género. Primero, porque las mujeres viven más que los hombres. A pesar de que estadísticamente nacen más hombres en el mundo, éstos no logran sobrevivir a las mujeres. Por lo tanto, la longevidad es una realidad experimentada principalmente —para no decir exclusivamente— por mujeres. Segundo, por la feminización social de la vejez. Frente a ella, Pérez (1999) postula la siguiente hipótesis: la revolución demográfica no sólo provoca una nueva distribución por edades y sexo en la estructura poblacional, sino también una nueva significación social de roles y relaciones de género en todas las edades. De tal forma que el cambio en la estructura por edades, afectará las dinámicas y funciones de hombres y mujeres y de todas las edades, las cuales se redistribuirán de acuerdo a nuevos modelos de ser mujer joven, hombre mayor, etc. Por lo tanto, más que ser una alarma y una hecatombe demográfica, la longevidad abre nuevas posibilidades y muestra nuevas potencialidades. En concreto, el autor entiende por feminización de la vejez que “las edades jóvenes y adultas se orientan cada vez más hacia comportamientos hasta ahora considerados ‘masculinos’, mientras las edades maduras y avanzadas experimentan una preponderancia creciente a aquellos otros hasta ahora considerados ‘femeninos’” (op. cit., 1999: 1). Hace referencia también a la configuración de nuevos modelos de ciclos vitales en las mujeres. Curiosamente los cambios y la aparición de nuevos roles en las mujeres, no coexisten con cambios de igual magnitud en los roles y conducta de los varones. Los hombres siguen orientando sus vidas y ciclo vital según las tradicionales funciones “masculinas”. De tal forma que las mujeres mayores encarnan un nuevo modelo de feminidad, pero éste es invisible e inadvertido a la luz de las transformaciones que protagonizan las mujeres jóvenes en relación a los varones de su misma edad. La vejez ha sido históricamente vista como asexuada y lo mismo ocurre con las relaciones de género al interior de esta edad. Se generaliza y



se pierden las diferencias y particularidades, homogeneizando a las personas mayores en un solo grupo de necesidades y experiencias de vejez. Desde este punto de vista, la dimensión de género del envejecimiento se ha caracterizado por las ausencias. Los estudios se han limitado principalmente al conocimiento de mujeres mayores y sus condiciones desfavorables en el interior de la sociedad, producto de que el envejecimiento demográfico es una realidad predominantemente femenina (Bernard, 2001). Por lo tanto, el conocimiento de la construcción y las relaciones de género durante la vejez, y de lo que ser hombre y ser mujer mayor significa en los y las envejecientes, no ha sido tratado por los estudios de la vejez y el envejecimiento. Pérez (1999) sostiene que dicha omisión y confusión es producto de cómo han sido caracterizadas las mujeres durante la vejez y cómo ha sido presentada esta realidad. Y ello, principalmente porque ha sido descrita con los elementos que intervienen y caracterizan las trayectorias vitales masculinas y a la luz de valores propios de la juventud. De esta forma, la vejez en las mujeres no es una etapa deseable, y pareciera que lo femenino y lo masculino cruzado por la vejez no se encuentran. Desde la gerontología crítica, Bernard (2001) plantea que un acercamiento y conocimiento del edadismo y a las conductas ligadas a él, pueden ser de gran utilidad para la comprensión de las experiencias del proceso de envejecer en las mujeres y sus vidas durante la vejez, a la vez que permite orientar el diseño de políticas en el ámbito social, salud y de servicios en general dirigidos a este segmento etéreo. Se refuerza la potencial utilidad de la llamada “gerontología literaria” para un acercamiento a la experiencia subjetiva de la vejez y las dificultades propias de hombres y mujeres frente al paso de los años y su proceso de envejecimiento. Asimismo, las perspectivas feministas han acentuado la naturaleza de género que encierra el envejecimiento y el envejecer. Esta perspectiva ha integrado y vigorizado la gerontología crítica, pues nos lleva a mirar críticamente la construcción social de la vejez en hombres y mujeres. Bernard advierte también que la dificultad está en que este análisis feminista de la edad, puede utilizar ideas y fundamentos teóricos de otras perspectivas, lo cual podría limitar a la recopilación de lo que dicen otras perspectivas y no generar

<sup>(c)</sup> Paulina Osorio, 2006

<sup>(c)</sup> CEIC, 2006, de esta edición



una nueva existencia teórica, que permita dar cuenta de las realidades de género en el envejecimiento. De hecho, género y edad, como un todo, han figurado relativamente poco como un foco para la teorización.

## 6) CONCLUSIONES

La creación de una nueva etapa en el ciclo vital, más allá de la salida del trabajo pero más acá del deterioro y la dependencia de la ancianidad muy avanzada genera, sin duda, incertidumbre. Y hace reflexionar frente a las estáticas categorizaciones y rangos de edad en que se suele segmentar el curso vital y a las consecuencias de la cada vez mayor longevidad. Es más, por la longevidad, la expectativa frente a la vejez no es la muerte. Aunque culturalmente, aún está muy asociada al deterioro físico y la enfermedad. El gran temor es la dependencia, sin embargo, se sabe que a los 65 años esto todavía es lejano. Se tiene conciencia que se vivirá más años, también se sabe que de ese tiempo hay que construir una nueva etapa de la vida. El alargamiento del ciclo vital, y llegar a la tercera edad —o a la edad cronológica institucionalizada para el comienzo de la vejez— en buenas condiciones de salud, manteniendo una serie de relaciones sociales e interpersonales, y en general, una vida bastante activa y participativa, lleva a que —como afirma Neugarten (1999)— nos dirijamos hacia una sociedad donde la edad ya no es relevante. A una sociedad donde las expectativas hacia determinados comportamientos relacionados con la edad estén cambiando estrepitosamente.

En términos de estructura temporal, al observar el curso de vida moderno, destaca que no sólo vivimos cada vez más años, sino también pareciera que la línea entre la adultez y la adultez mayor se ha movido, retardando la llegada de la ancianidad. Al mismo tiempo que la vejez ya no llega tan automáticamente con la jubilación. Las jubilaciones anticipadas son un buen ejemplo de ello. Se alarga la adultez y se aleja la vejez, entendida en términos de pérdidas, déficit y dependencia. Al ampliarse el horizonte de la vida, la vejez también presenta subetapas y es posible sub-



categorizarla. Dentro de esta segunda realidad, las personas mayores son un recurso humano activo para el desarrollo de los países, en el sentido de ciudadanos que ejercen derechos y que participan en la toma de determinadas decisiones, y no meros receptores pasivos de cuidados, ayuda y beneficios. La longevidad, nos muestra, por lo tanto, que el envejecimiento es un proceso muy dinámico, y que la vejez se ha tornado cada vez con más fuerza en un elemento constitutivo —y para la comprensión— de la complejidad social en las diferentes sociedades, occidentales y orientales.

## 7) BIBLIOGRAFÍA

- Arber, S.; Ginn J. 1996. “Mera Conexión. Relaciones de Género y Envejecimiento”, y “Género y Envejecimiento: ¿un nuevo comienzo?”, en Arber y Ginn, *Relación entre Género y Envejecimiento*. Narcea Ediciones, Madrid, pp. 17-34; 241-247.
- Bazo, M<sup>a</sup>. T. 2001. *La institución social de la jubilación: De la sociedad industrial a la postmodernidad*. Nau Llibres, Valencia.
- Bernard, M 2001. “Women Ageing: old lives, new challeges”, *Education d Ageing* 16, number 3, pp. 333-352.
- Bond, J. *et al.* 1993. “The Study of Ageing”, en Bond, J et al. (Eds.) *Ageing in Society. An Introduction to Social Gerontology*. Sage, London.
- CEPAL/CELADE 2004. *Población, Envejecimiento y Desarrollo*. CELADE, Santiago de Chile.
- Corporación AÑOS 1999. *Adulto mayor, ciudadanía y organización social*. Instituto de Normalización Previsional, Santiago de Chile.
- De Beauvoir, S. 1980 *La vejez*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Del Valle, T. 2002. “Contrastes en la Percepción de la Edad”, en Virginia Maquieira (Comp.), *Mujeres mayores en el siglo XXI*. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Mdríd, pp. 45-58.
- Dubet, F. 1994. *Sociologie de l'expérience*. Seuil, Paris.
- Johnson, M. 2001. “La conception de la vieillesse dans les théories gérontologiques”, en *Retraite et Société*, n° 34, octubre, pp. 51- 67.
- Neugarten, B. 1999. *Los significados de la edad*. Barcelona, Herder.



- Osorio, P. 2004. *Nuevos procesos de jubilación en las sociedades industriales contemporáneas: el caso vasco*. Cuadernos Sociológicos Vascos 14. Secretaría de la Presidencia del Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, España.
- Osorio, P.; Sadler, M. 2005 “La construcción socio-cultural de la vejez desde una mirada de género”. En Dr. González, O y R. Reneré (Ed.) *Climaterio en la atención primaria* Universidad de Chile, Facultad de Medicina, Ministerio de Salud y Escuela de Obstetricia. Editorial Bywaters, Santiago de Chile, pp. 7-20.
- Perez, J. 1999. *La feminización de la vejez*. Centre d’Estudis Demogràfics, Barcelona.
- Phillipson, C. 1998. *Reconstructing Old Age. New Agendas in Social Theory and Practice*. Sage, London.

Protocolo para citar este texto: Osorio, P., 2006, “La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales”, en *Papeles del CEIC*, nº 22, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/22.pdf>

Fecha de recepción del texto: **enero de 2006**

Fecha de evaluación del texto: **mayo de 2006**

Fecha de publicación del texto: **julio de 2006**